

Séneca y los problemas estéticos

La actitud de Séneca (4 a.-65 d.) ante los problemas de la Estética es la típica de un estoico; no sólo desdén, sino desconfianza ante la belleza. La convicción del mundo helénico de que lo bello es bueno y lo bueno bello, con el estoicismo romano es totalmente derrocada. La creciente racionalización del pensamiento antiguo, aún manteniéndose siempre dentro del paganismo, llega en Séneca a una exasperación del valor de la razón, identificada con Dios y con la Naturaleza, aniquilando todos los restantes valores. La razón es el único guía de la conducta moral del hombre; debe aplastar toda pasión, toda tendencia, todo impulso que no sea la contemplación pura de la verdad. El sabio filosofa para obrar bien; sólo se ocupará de las cosas no perecederas; y la belleza es algo caduco.

I. EL SUMO BIEN.

Para Séneca, el sumo bien es la felicidad, lograda por la total autarquía, por la victoria sobre las pasiones mediante la racional (=libre) aceptación del destino. Que en el sumo bien insida la Belleza, para Séneca, parece atestiguarlo un texto, claro resabio de sus lecturas de Platón. "Lo bello" es perfecto, y, en cuanto a tal, integralmente constituido Sin embargo, un segundo texto minimiza su trascendencia, sin negarla. Y debe tenerse en cuenta que son los únicos en que Séneca, y de pasada, aborda el problema.

"Toda virtud consiste en una moderación, la cual es una cierta medida... ¿Qué puede añadirse a lo perfecto? Nada; de otra suerte no sería perfecto aquello a lo cual algo se añadió; ni a la virtud tampoco, pues si algo se le puede añadir, es que ello le faltaba. .. ¿No crees que lo bello, lo justo, lo legítimo, tienen la misma ley y quedan comprendidos en los mismos términos? La posibilidad de crecer es indicio de cosa imperfecta. Todo bien cae debajo de las mismas leyes; ..." (1).

Ep. LXVI.

(1) La traducción de los textos latinos seleccionados es la magnífica de D. Lorenzo Riber. de las obras completas de Séneca. Excepto en la referencia a la crítica de los gramáticos (tema que no pertenece en sentido estricto a la Estética), creo poder afirmar que están recogidos todos los textos de Séneca que contienen referencias al tema de la belleza, incluso puramente circunstanciales.

“¿Qué estorbo hay que vede la identificación de la virtud y del placer, y que así se forme el bien sumo de tal modo que sean una sola y misma cosa lo honesto y lo deleitable?» (1). Lo que estorba esta fusión es que lo honesto no puede tener parte ninguna que no sea honesta y el bien sumo tendrá toda su pureza si no ve en sí algo desemejante de lo mejor. Y ni siquiera aquel gozo que nace de la virtud, por más que sea bueno, no es parte del bien absoluto; no de otra manera que la alegría y la tranquilidad, por más que se originen de las más bellas causas. Buenas son estas cosas, pero como consecuencia del sumo bien, no como su consumación”.

De Vita Beata, XV.

II. LA BELLEZA DEL CUERPO.

El cuerpo del hombre es, o puede ser, bello. Es más, es más bello que el alma. Con esta afirmación, Séneca reduce la cualidad de belleza al orden de lo sensible; por analogía, la belleza del alma sería la ataraxia, la ausencia de pasiones. El principal elemento de la belleza es el color. El cuerpo humano es bello “en sus líneas exteriores”, y no por una de sus partes, sino por la armonía del conjunto.

“Así como todo el cuerpo sirve al alma, aunque la aventaje en corpulencia y belleza, y sea el alma sutil e imperceptible y se oculte en un sitio desconocido, y con todo eso las manos, los pies y los ojos trabajan en bien suyo, y la piel le defiende y por mandamiento suyo reposamos o corremos con afán si ella lo ha imperado, ...”

De Clement, I, III.

“... en nuestro cuerpo los huesos y los nervios y los músculos que a todo él dan solidez y vida, y en ninguna manera son agradables de ver, son los primeros que se forman (2); después vienen aquellos otros elementos de los cuales proviene toda la belleza del rostro y de la escultura humana, y, finalmente, el color, que es lo que con más blando halago y eficacia cautiva los ojos y se derrama, por último, por el cuerpo todo, ya perfecto”.

De Ira, II, I.

(1) La doctrina epicúrea se funda en la identificación de lo honesto y lo deleitable, con la justificación consiguiente de los placeres moderados. El estoicismo niega entidad al placer; el sabio será feliz, no por disfrutar de placeres (ni siquiera puramente espirituales), sino por haber logrado la ataraxia, la calma perfecta del espíritu. La valoración de la belleza física es, por consiguiente, positiva en el epicureísmo; negativa en el estoicismo; y en Séneca negativa de recelo; pues debe tenerse presente que Séneca representa, en líneas generales, un estoicismo mitigado.

(2) Se refiere a la formación del embrión.

“¿Qué es el hombre? Un cuerpo feble y frágil, desnudo, inermé de suyo, ... heñido de materia blanda y soluble, hermosa en sus líneas exteriores; .. cebo vicioso e inútil de continua preocupación. ¿En un tal sujeto nos maravilla la muerte que puede ser obra de un solo sollozo?”

Consol Mart., XI.

«No es hermosa la mujer cuya pierna se alaba o cuyo brazo se precia, sino aquella cuya figura toda quitó admiración a cada una de las partes».

Ep. XXXIII.

«¿Por qué me preguntas cuando nací y si todavía me encuentro entre los más jóvenes? Yo traigo mi cuenta. De la misma manera que en una pequeña estatura el hombre puede ser perfecto, así puede ser perfecta la vida en la menor medida de tiempo. La edad es una cosa externa».

III. CADUCIDAD DE LA BELLEZA

Por quedar limitada la belleza al cuerpo, está sujeta a las leyes del tiempo; es perecedera. Mas puede ser incluso origen de desviaciones de la conducta moral, única propia del sabio.

«Ni la hermosura ni las fuerzas te pueden hacer feliz; ninguna de estas dos cosas deja de padecer vejez».

Ep. XXXI.

«Cualesquiera sean, Marcia, los bienes exteriores que adventiciamente brillan en derredor nuestro—hijos, honores, riquezas, atrios espléndidos, vestibulos atestados de clientes excluidos de la puerta, renombre, mujer hermosa o noble y demás que dependen de suerte incierta y tornadiza—son aderezos ajenos que nos dieron a préstamo. Ninguno de ellos son dádiva firme».

Consol, Mart., X.

«Quéjaste, Marcia, de que tu hijo no viviese tanto como hubiera podido. ¿Y cómo sabes si le convenía vivir más o si esta muerte le fué ganancia?.., ¿Quién te garantiza que aquel bellissimo cuerpo de tu hijo que una exquisita guarda del pudor conservó en medio de las miradas de una ciudad lujuriosa pudiera evadirse de tantas enfermedades para llevar hasta la senectud ileso el decoro de su belleza?».

Consol. Mart., XXII.

«De ninguna manera podría yo serte (a ti Lucilio) más provechoso que consiguiendo mostrarte tu propio bien, separándote de los irracionales y asociándote con Dios. ¿Porqué alimentas y ejercitas las fuerzas del cuerpo? Más robustas que las tuyas las dió la Naturaleza a los animales domésticos y salvajes. ¿Porqué pones tan prolijo cuidado en la belleza? Después de todos tus esfuerzos, serás vencido en hermosura por los animales irracionales. ¿Porqué aderezas tus cabellos con aliño tan meticuloso? Cuando lo derramares al estilo de los partos, ora lo atares al uso de los germanos, ora lo dieres al viento como suelen los escitas, en cualquier caballo ondeará un crin más espesa y una más hermosa melena se erizará en la cerviz de los leones (1). Y cuando tú te hayas adiestrado en la velocidad, nunca igualarás a un lebrato. ¿Quieres tú, dejando todas aquellas cosas en que forzosamente has de ser vencido, puesto que te empeñas en conatos que no te atañen, volver a tu propio bien? ¿Cuál es este? El alma rectificadada y pura, émula de Dios, erguida sobre las contingencias humanas, que nada pone fuera de sí. Eres animal racional. ¿Cuál es, pues, tu bien? La razón perfecta.

Ep. CXXIV.

IV. DEFORMACIONES DE LA BELLEZA

La ira, y en general las pasiones, truecan lo bello en horrible. Incluso pueden hacer que lo horrible sea tomado como bello. Si el aspecto de un hombre es horrible, su alma será terrible, ya que el cuerpo revela el estado del alma.

«... para un irritado no hay efigie más hermosa que la atroz y horrible, y tal como es, quiere ser visto».

De Ira, II, XXXVI.

«... nada será tan provechoso como mirar frente a frente, primero la deformidad y luego el peligro de la ira. Ninguna otra pasión altera tanto el rostro; afea las caras más hermosas y vuelve torvo el mirar más apacible y sesgo; todo bello parecer abandona al hombre irritado, y, si su túnica se aliñó según ley, él dejará que se arrastre y abandonará todo cuidado de sí mismo; si no era feo el porte de sus cabellos, por artificio o por disposición natural, se

(1) Es constante en Séneca la preferencia por lo natural sobre lo artificioso, en lógica aplicación de su doctrina de la identificación de la razón y la Naturaleza.

le erizan cuando se eriza su ánimo; las venas se hinchan, tunde su pecho el huelgo frecuente; la rabiosa erupción de la voz distiende su cuello; tiemblan sus miembros, se agitan sus manos y trepida su cuerpo todo ¿Cuál piensas que será su alma por dentro si su imagen exterior es tan fea? Cuánto más terrible no será pecho adentro su cara, más tempestuoso su respirar, más ciegas sus embestidas, hasta el punto que estallaría si no se desahogara».

De Ira, II, XXXV.

«Cuentan que dijo Aníbal, luego de haber visto una hoya de sangre humana: «¡Oh, que linda vista!» ¡Cuánto más hermosa no le pareciera si hubiera llenado con ella un río o un lago! ¿Qué maravilla es si este espectáculo más que otro alguno te cautiva, si naciste en medio de sangre y desde niño te avezaste a ver mantanzas? Durante veinte años te seguirá la fortuna propicia a tu crueldad y en dondequiera ofrecerá a tus ojos un espectáculo placentero...»

De Ira, II, V.

«Escribieron Aristóteles, Plutarco y nuestro Séneca libros acerca del matrimonio, cuyas son algunas de las cosas dichas arriba y éstas que ahora vamos a decir:

«El amor de la belleza física es un eclipse de la razón, muy cercano de la locura, un vicio feo y degradante que no parece bien en un alma sana; enturbia el juicio, paraliza los sentimientos nobles y generosos; de las grandes especulaciones nos abate a los pensamientos más rastreros; nos vuelve gruñones, irascibles, temerarios, imperiosos hasta la dureza, lisonjeros hasta el servilismo, inútiles para todo y en fin de cuentas, aun para el mismo amor. Pues mientras arde en el deseo insaciable de gozar, pierde mucho tiempo en sospechas, lágrimas y querellas sin fin; atrae sobre sí la odiosidad y acaba por odiarse a sí mismo».

San Jerónimo, Lib. I, contra Joviano.

V. INTRASCENDENCIA MORAL DE LOS VALORES ESTÉTICOS

Para la virtud, es indiferente que el cuerpo sea bello o feo. Pero el obrar virtuoso sí es bello (racionalmente).

«Opinión mía es que erró quien dijo:

«Más grata es la virtud si viene en un cuerpo bello.

«La virtud no ha menester afeite ni atavío; ella es su propia hermosura; ella es la consagración de su propio cuerpo. De todas

maneras comencé a mirar a nuestro Clarano con otros ojos; pareceme bello y con tanta apostura de alma como de cuerpo. Puede de una cabaña salir un hombre grande y de un cuerpo desmeдрado y feo un alma hermosa y grande. Tengo por cierto que la naturaleza produce algunos de estos engendros para demostrar que la virtud puede nacer en cualquier sitio... Clarano se me antoja nacido por muestra y dechado porque pudiésemos saber que la deformidad del cuerpo no afea el alma, sino que es el cuerpo quien con la belleza del alma se hermosea».

Ep. LXVI.

«Igualmente loable es la virtud puesta en un cuerpo robusto y libre como en un cuerpo enfermo y atado.. Por ese camino (del error) llegarías al punto de amar más al íntegro e ileso de miembros que al lisiado o cegajoso. Poco a poco tu desdén llegaría al punto que de dos hombres igualmente justos y sabios preferirías al de rizada y hermosa cabellera. Donde la virtud es igual por ambos lados, no cuenta la desigualdad en otras cosas, porque ellas no son partes esenciales, sino añadiduras».

Ep. LXVI.

«... el alma grande que tiene una justa estima de sí misma, no venga la injuria, pues no la siente. De la misma manera que los tiros rebotan en una materia dura y los cuerpos macizos no son heridos sino con dolor del que los hiere, asimismo un corazón magnánimo no acusa jamás el sentimiento de una injuria, que siempre es más fácil que aquél a quien ataca. ¿Cuánto más hermoso no es ser invulnerable a toda acometida y repeler instantáneamente todo ultraje y toda ofensa? La venganza es una confesión del propio dolor. No es alma grande aquella que se doblega a una injuria

De Ira, III, V.

«Deseas saber lo que pienso de los estudios liberales. Ningún caudal hago de ninguno de ellos; a ninguno de ellos le cuento entre las cosas buenas, si solamente se encaminan al lucro. Son industrias mercenarias, útiles mientras preparan la inteligencia, sin estorbarla. Hay que hacer parada en ellos no más que el tiempo en que el espíritu no sea capaz de cosa mejor; son aprendizajes y no obras definitivas. Ya ves por qué fueron llamados estudios liberales: porque son dignos del hombre libre. Por lo demás, sólo uno hay que sea verdaderamente liberal, el que hace libre: éste es el de la sabiduría, estudio elevado, fuerte, magnánimo. Todos los otros son pequeñeces y puerilidades. ¿Crees tú, a dicha, que pueda ha-

ber algo de bueno en esos estudios cuyos profesores, como ves, son los más deshonestos y calamitosos? No debemos aprenderlos, sino haberlos aprendido. Algunos juzgaron que se debía averiguar si los estudios liberales hacen al hombre honesto; cosa que ellos ni prometen y cuya finalidad no afectan siquiera. El gramático se dedica a alinear y redondear el lenguaje, y si quiere extenderse un poco más, hace una excursión a la Historia y a los versos si da a sus estudios el mayor ensanche que se puede ¿Y qué cosas de éstas allanan el camino: la explicación de las sílabas, la cuidadosa elección de las palabras, la memoria de las fábulas, la ley y las variaciones de los metros? ¿Qué cosa de éstas quita el miedo, exime de la codicia, enfrena la lujuria? Pasemos a la geometría y a la música. Nada hallarás en ellas que prohíba el temer, que vede el codiciar. Quien ignora estas cosas, en balde sabe las otras. Ha de verse si esos profesores enseñan o no la virtud: si no la enseñan, tampoco la comunican; y si la enseñan son filósofos ¿Quieres convencerte de que se sientan en la cátedra para enseñar la virtud? Repara cómo son de semejantes las enseñanzas de unos y otros; si enseñaran lo mismo serían semejantes. Si ya no es que te persuaden que Homero fué filósofo, afirmación que desmienten con sus pruebas, pues ora le hacen estoico, que no aprueba más que la virtud, que rehuye los placeres y que ni aun al precio de la inmortalidad se aparta del camino recto; ora le proclaman epicúreo, que alaba el estado de una ciudad quieta, y pasa la vida entre festines y cánticos; ora le dicen peripatético, que en la vida sitúa tres clases de bienes; ora académico, predicador de la universal incertidumbre. Es evidente que no hay en Homero ninguna de estas cosas, pues todas ellas son incompatibles. Concedámonles que Homero fué filósofo; sin duda se hizo sabio antes que conociese ningún verso (1). Aprendamos, pues, aquellas cosas que hicieron sabio a Homero.

Ahora, ir a averiguar si fué más antiguo Homero que Hesiodo importa tanto como saber cómo fué que siendo Hécula más joven que Helena, llevó tan mal su edad. ¿Y qué? ¿Opinas que importa mucho inquirir los años de Patroclo o de Aquiles? ¿Preguntas cómo Ulises erró tanto en vez de procurar que no erremos nosotros? No tenemos tiempo para informarnos si fué asendereada

(1) La crítica evemerista de Homero y los poetas propia de una época racionalista, fué uno de los temas que más preocuparon a los estoicos, por su importancia para la educación clásica.

do por el oleaje entre Italia o Sicilia o fuera de nuestro orbe conocido—pues en tan angosto espacio no pudo ser tan largo el rodeo—; las tempestades agitan cada día nuestra alma y la maldad nos lanza a todos los escollos que Ulises. Nunca falta una beldad que tienta nuestros ojos; nunca falta un enemigo; por un lado monstruos descomunales que se gozan con la sangre humana; por otro, las insidiosas lisonjas del oído; por otro, en fin, naufragios y todo linaje de males. Enséñame esto: cómo he de amar a la patria, cómo a la esposa, cómo al padre y cómo, naufrago de todo, he de bracear hacia estos nobles objetivos. ¿Por qué inquietas si Penépole adulteró, si engañó a todo un siglo? ¿Si sospechó que era Ulises aquel a quien veía, antes que lo supiese? Enséñame lo que es castidad y si cuanto bien hay en ella reside en el cuerpo o en el alma. Paso a la música Tú me enseñas cómo hacen consonancia entre sí las voces graves y las agudas; cómo se hace la armonía de unas cuerdas que dan sonido distinto: enséñame con mejor acuerdo cómo mi alma consonará consigo mismo y cómo no habrá desacuerdo entre mis propósitos. Me enseñas cuáles son los tonos plañideros; enséñame, más aún, cómo, en medio de la adversidad, no emitiré palabra llorona.“

Ep. LXXXVIII.

VI. LAS ARTES

Entre las numerosas críticas que Séneca reitera de los estudios literarios de su tiempo, he recogido una de las más famosas. Los gramáticos (la crítica literaria, la educación), dice Séneca, han perdido (y ciertamente era un momento de crisis en la evolución de esta ciencia) la noción de su puesto, meramente instrumental, en el saber, para tomar su estudio como el último fin del obrar humano. Han olvidado que tan sólo son un medio para capacitar al hombre a llegar a ser virtuoso. El racionalismo de la moral senequista exige que el hombre sea culto, pero que no se quede en erudito.

Las referencias a la Música, Pintura y Escultura, son todas incidentiales, como ejemplos o términos de comparación, igual que todos los anteriores textos, en el discurrir de Séneca sobre las virtudes. En todo momento, la actitud es displicente. Todo lo que no sea forjar un ánimo virtuoso es perder la vida.

“Nadie me lleva a admitir a los pintores en el número de los que cultivan las artes liberales, no más que los escultores que labran el mármol y los restantes servidores del lujo“ (1).

Ep. LXXXVII

(1) En la paideia helénica (en el sentido de curso de estudios para ser hombre culto) no entraba la pintura. La única excepción es Aristóteles, que afirma que los jóvenes deben estudiar el dibujo, pero evitando toda dedicación profesional. Séneca, en este punto, como en toda la arquitectónica de su doctrina, es un helenizado, como toda la clase culta del Imperio.

“Haga esto nuestra alma; oculte todos los elementos de que se nutrió y muestre solamente lo que con su industria ha elaborado. Y aunque se transparentare la semejanza de alguno que haya entrado muy profundamente en tu admiración, quiero que te le asemejes como un hijo, no como un retrato. El retrato es cosa muerta (1). ¿Pues qué? ¿No se ha de rastrear cuyo estilo imitas, cuyo razonamiento, cuyas sentencias? Creo que en ciertos casos ni aun puede rascrearse, cuando es un poderoso entendimiento el que, tomando las ideas del dechado que escogió, les imprimió su cuño, porque todas tiendan a la unidad. ¿No ves de cuántas voces se compone un coro? Y con todo, de todas ellas no se forma más que una. La una es aguda; la otra, grave; la otra, mediana; se acercan las voces de las mujeres a las varoniles; las flautas acompañan; cada una de estas voces queda disimulada, y su resultado es el concierto. Hablo del coro tal como lo conocieron los filósofos antiguos. En nuestras audiciones musicales hay en la actualidad más cantores que antaño hubo en el teatro espectadores: Todos los pasillos están llenos de las filas de los cantores; la platea está rodeada de trompetas, y el proscenio resuena de flautas y de toda suerte de instrumentos; de sonos tan discordantes se hace una armonía. Tal quiero que sea nuestra alma: ...” (2).

Ep. LXXXIV.

“Fidias, no de sólo marfil sabía hacer estatuas; hacíaslas también de bronce. Si le hubieras ofrecido mármol o alguna otra materia más ordinaria aún, hiciera con ella lo mejor que con ella pudiera hacerse. Así, también el sabio desplegará su virtud si tiene ocasión, en las riquezas; si no, en la pobreza; ...”

Ep. LXXXV.

“Ningún pintor por más que tenga preparados los colores, sacará el parecido si no tiene bien resuelto lo que quiere pintar. Por eso pecamos, porque todos deliberamos de partes de la vida; pero de la vida toda no delibera nadie.”

Ep. LXXI.

Selección, introducción y notas por CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO.

(«Revista de Ideas Estéticas».—47, XII, 1954).

(1) Es curioso que Platón afirme que el retrato es algo vivo y que debe parecerse al retratado, precisamente en un tiempo en que dominaba la tendencia a la idealización. Y que Séneca, en época en que se intensifica el valor psicológico del retrato, le acuse de cosa muerta.

(2) Esta comparación es tópica en los pensadores griegos.